

SOBRE LA SITUACIÓN ACTUAL DE LA CIENCIAS SOCIALES

Hugo Zemelman. El Colegio de México

Hoy vivimos un cambio de época y en consecuencia estamos ante la necesidad de una auto-reflexión en las Ciencias Sociales. Con esta motivación quisiera aprovechar la oportunidad para esbozar algunas preocupaciones en torno del quehacer y del futuro de estas Ciencias, sin otro propósito que contribuir a abrir la mente con inquietudes y desafíos propios de nuestra responsabilidad intelectual.

Las transformaciones y rupturas que han acontecido en los últimos años nos enfrentan con desafíos para los cuales es probable que se requiera forjar nuevos conceptos. A pesar de la gran acumulación de conocimientos debemos estar alertas acerca de la tarea de re-definiciones que hay que abordar para dar cuenta de los fenómenos, muchos de ellos que han sido el cometido de estudios y re-estudios durante largos periodos.

El desafío anterior se puede formular como el esfuerzo por incorporar en el análisis a la dimensión histórica de los fenómenos. El problema metodológico se refiere al manejo de los parámetros de tiempo y de espacio, así como los que tienen que ver con la articulación entre estos parámetros y el ritmo que presenta el fenómeno como acontecer. Lo que es parte del trabajo para abordar sus complejidades que obliga a concebir relaciones de conocimiento más inclusivas; esto es, que no se agoten en las funciones cognitivas clásicas especialmente las que se han heredado del positivismo.

La auto-reflexión en que pensamos comprende diversos aspectos que debemos asumir. El primero de éstos es tomar conciencia de que el problema del conocimiento social no se puede discutir sin previamente resolver si nos quedamos restringidos al ámbito de la ciencia, propiamente tal, o bien ampliamos la reflexión hasta el propio sujeto investigador.

Lo anterior porque pensamos que el verdadero problema de las Ciencias Sociales no está exclusivamente en la naturaleza del conocimiento sino más bien en el propio sujeto constructor. Por eso debemos detenernos en qué ocurre con el pensamiento en el marco de estas disciplinas. ¿Es aplicable a ellas lo que hace tiempo decía Husserl sobre las ciencias naturales, en cuanto que éstas estaban reduciéndose a una pura tecnología intelectual sin pensamiento?

El desequilibrio entre el extraordinario desarrollo técnico-metodológico y el escaso desenvolvimiento del pensamiento (abstracto de las ciencias sociales en su expresión ya sea filosófica o bien epistemológica) parece mostrar una tendencia a exaltar el papel del saber hacer sobre el saber pensar. El resultado es una pérdida de su capacidad para colocarse ante la realidad en los distintos momentos históricos de su desenvolvimiento, según diferentes ritmos temporales, ya sea al interior de cada momento histórico o en la perspectiva longitudinal. De lo que se desprende un retraso respecto al devenir histórico de la sociedad, facilitándose la imposición de discursos,

que, disfrazando su naturaleza ideológica bajo la cobertura de una falsa cientificidad pretenden dar cuenta de los fenómenos en el momento actual.

Una manifestación de esta pobreza, aunque disfrazada, es el indiscutible divorcio entre las prácticas de investigación y los grandes discursos filosóficos y epistemológicos; divorcio que permite que coexista simultáneamente con un acelerado desarrollo tecnológico una inocultable pobreza conceptual.

"Pobreza" que se hace manifiesta cuando se pretende abordar el desafío de la complejidad de los fenómenos de la sociedad contemporánea, el cual no es otro que poder pensar a los fenómenos sociales como fenómenos históricos. Por ello es importante destacar aspectos de la problemática que se puedan traducir en cuestiones metodológicas (para no pensar en aquéllas otras que se vinculan con problemas puramente filosóficos). Con este propósito elegimos algunos que están, o deberían estar, presentes en la confrontación episte-metodológica de nuestra época. Lo que haremos de modo sintético y con la finalidad de ejemplificación, ya que cabría mencionar otros, según la óptica epistémica elegida.

En primer lugar, no se puede soslayar el problema de la relación misma entre los fenómenos, sea en el plano de la interpretación, sea en el ámbito de la empiricidad propio de las técnicas. Esta relación puede ser problematizada en forma de dar lugar a una nueva morfología fenomenológica. La cuestión es la consideración, en el análisis de las relaciones, de las mediaciones como reflejando el movimiento interno de éstas (por lo que no se puede identificar con la variable interviniente); movimiento que consiste en la transitividad de cada fenómeno de una modalidad a otra, en razón de que se está desarrollando hacia nuevas significaciones, según las articulaciones históricas de la que el fenómeno es parte.

La relación constatada, descrita o medida, es solamente un indicador que muestra la presencia de una particular modalidad de los fenómenos, según como es captado éste en la delimitación de sus relaciones. Lo que se traduce en la necesidad de entender a los fenómenos como componentes de una constelación de relaciones que lo configuran y determinan en un momento dado, momento que puede ser de duraciones variables.

Las consideraciones anteriores obligan a tener en cuenta, lo que en términos metodológicos llamaremos la especificidad del fenómeno. Especificidad que es la empiricidad del fenómeno, pero que escapa a la morfología susceptible de ser descrita. Es la concreción del fenómeno según resulta determinada por su inserción en un campo conformado por múltiples determinaciones, de acuerdo con las exigencias de historicidad del momento.

En esta dirección, se pone de manifiesto que la especificidad no es simplemente la complejidad concebida en términos de cantidad de información posible de procesarse en relación con un fenómeno, o de un conjunto de fenómenos, sino que constituye la posibilidad analítica según resulta determinada por la articulación histórico-concreta del fenómeno, en tanto ésta expresa al momento como marco hermenéutico para su análisis.

En consecuencia la elaboración de la información, cuantitativa o cualitativa, tiene que ser construida no desde el fenómeno definido como objeto que se aísla, sino desde su condición de componente de una articulación gestada por el momento histórico; por consiguiente, no se puede prescindir de un horizonte de relaciones necesarias. De ahí que la articulación en el momento sea la premisa de cualquier razonamiento orientado

a ubicar en un contexto los fenómenos disciplinariamente definidos como objetos; por consiguiente, es el criterio para conferirle a los fenómenos su significación teórica que sea además históricamente pertinente. Ello representa un segundo desafío en la construcción del conocimiento.

Un tercer problema puede encontrarse en la necesidad de dar cuenta de los fenómenos desde sus dinamismos constituyentes. Ángulo de análisis que resulta inevitable desde nuestra perspectiva, pues al incorporar al fenómeno de estudio en el momento histórico, nos obligamos a definir a éste y a sus relaciones desde su proceso interno de constitución, (cualquiera sea su naturaleza y el enfoque teórico que se asuma).

La idea de proceso no se puede comprender en términos de un recorte aislado, sino como el proceso que permite discernir en el fenómeno la condición de estar determinado pero simultáneamente la de determinar, la de estar incluido en otro ámbito de relaciones pero también de ser por su parte incluyente.

Todo lo anterior lo podemos denominar como el proceso de conformación del fenómeno en tanto campo de relaciones, pero a su vez siendo el fenómeno un componente de otro campo de relaciones. Lo que nos alerta acerca del peligro de considerar al fenómeno como simple producto perdiendo su dimensión de productente. Es un requisito fundamental si estamos contestes en que las Ciencias Sociales, por estar referidas a una cantidad de situaciones aleatorias, se apoyan a la vez en una realidad dada y en una realidad todavía no producida, pero que es creada por los propios hombres.

Por último, nos planteamos un cuarto problema que es consecuencia de los tres anteriores. Me refiero a la cuestión de los parámetros. El movimiento de la realidad socio-histórica y su estrecha vinculación con la práctica social obliga a un constante esfuerzo por descifrar los límites (que pueden ser teóricos, ideológicos o axiológicos) en cuyo espacio reviste un significado particular el fenómeno que se quiere estudiar.

Estos límites expresan la opción social desde la cual se construye el conocimiento; implican, por lo tanto, una forma de entender a la realidad, pero especialmente de cómo y para qué construirla en una dirección determinada. Lo que decimos reviste un significado relevante cuando observamos que los parámetros que en general se imponen, sin mediar muchas veces conciencia alguna del investigador, son los que conforman el poder, en cuyos parámetros se pretende conferir a los fenómenos el estatus de reales; con el agregado de establecer su identidad como única y excluyente de otras posibles visiones de los mismos.

El conjunto de estas consideraciones se traducen en la urgencia por revisar los límites en los cuales se construye el conocimiento; de manera particular, el discurso disciplinario. Es un hecho que el concepto de disciplina se queda corto comparado con los desafíos señalados. Estos pueden ser abordados al interior de las disciplinas según como hoy son definidas, pero en estricto rigor exceden a esos límites en la medida que rompen con la lógica de los objetos compartimentalizados. De ahí que la discusión episte-metodológica conlleve la necesidad de revisar el concepto de disciplina, pues no hay duda de que el sistema clasificatorio de las ciencias, heredado del siglo XIX, se muestra insuficiente para resolver la cuestión relativa a las mediaciones y a la historización de los fenómenos. En consecuencia, se impone un debate sobre un nuevo concepto de ciencia que, no estando restringido a los parámetros de la lógica del objeto, busque recuperar los dinamismos constituyentes y la pertinencia del fenómeno a momentos del acontecer socio-histórico.

(Uno de los criterios que podemos mencionar, refiere a las modalidades que asumen los sujetos en los distintos planos que caracterizan a cada una de las disciplinas científicas. Ello supone describir la naturaleza de los sujetos, así como sus dinámicos de interacción y de apropiación de la realidad contextual, tanto como la naturaleza de sus condicionantes, que conforman al sujeto como ángulo epistémico desde dónde se lee la realidad en cada disciplina. Nos referimos al problema de los distintos tipos de sujetos sociales que se asocian con cada disciplina como constructores de realidades. Será indispensable profundizar en las distintas formas de prácticas sociales, que corresponden a los ámbitos problemáticos contenidos en las distintas disciplinas científicas.

Pensamos que debemos desplazar la discusión desde el discurso al sujeto pensante. En este sentido caben destacar algunos rasgos. En primer lugar, la pérdida del lenguaje que se da concomitantemente con un empobrecimiento en las concepciones sobre la realidad. A este respecto, habría que llevar a cabo un análisis en profundidad de las concepciones de realidad implicadas en el lenguaje de las técnicas; ya que tenemos que preguntarnos si estos lenguajes enriquecen el pensamiento o, más bien, lo disminuyen sacrificándolo a la capacidad de operar.

Debemos considerar también el predominio en las Ciencias Sociales actuales de la idea de objeto más que de mundo como concepción de realidad. Ello se vincula con la cuestión del sentido que tiene conocer, en la medida que los objetos "disciplinarios" se reducen a la lógica de apropiación de la realidad quedando circunscritos a la condición de "artefectos". Con lo que se deja de lado tomar en cuanto el momento histórico en que se vive y que envuelve como contorno a cada objeto particular.

En el marco de la lógica del objeto casi no tiene significado plantearse el sentido que tiene el conocimiento y su construcción, pues se agota en la simple apropiación del objeto. Lo que en el plano formativo, tanto profesional como científico, se traduce en la forma que asume la organización de la información. En cambio, si nos planteamos que la realidad no es una constelación de objetos, sino el ámbito de sentidos posibles en que apoyar una construcción social, entonces nos enfrentamos con la necesidad de responder a la cuestión del sentido desde un espacio más incluyente que el del objeto "disciplinario". Espacio que es el de la capacidad del sujeto para insertarse en el momento histórico mediante el acto de comprenderlo. Y además como condición previa a la definición de cualquier objeto de estudio.

Desde esta óptica, se plantea como muy relevante lo que concierne a la situación contextual del investigador. Está claro que la ubicación institucional del investigador puede facilitar o dificultar las tareas anteriores; lo que se manifiesta en el juego entre perfiles como ser el de profesional o en el de pensador. En el trasfondo se plantea si el tener sentido exige o no una actividad de pensar que trascienda los límites del quehacer técnico-profesional.

Pero ocurre que el investigador no siempre está entrenado en la construcción propiamente del pensamiento, pues, en el proceso formativo se ha puesto la atención antes que nada en el manejo del conocimiento ya codificado. Pero como no es lo mismo saber, en la acepción de controlar y descifrar de la ciencia, que pensar, como la capacidad de romper con los límites de lo establecido, tenemos que plantearnos la pregunta sobre cómo estimular la disposición a pensar, especialmente cuando lo que se privilegia es simplemente la capacidad de hacer (vgr. creación de información, sistematización, corroboración, proyectar).

Esta disposición está fuertemente ligada con la necesidad de futuro que se plasma en desafíos de-ontológicos, tanto en el plano individual como social. Un científico sin necesidades histórico-existenciales enfrenta el peligro de terminar por reducirse a labores instrumentales, a veces sofisticadas y sutiles, pero supeditado a los requerimientos problemáticos que plantean otros sujetos; por lo general, los que detentan poder, y de este modo su responsabilidad se circunscribe a describir, y cuando puede a proyectar, aunque incapacitado de ahondar en lo más profundo de las circunstancias del momento; ya que carece de un ángulo propio desde el que organizar su pensamiento. Es el caso de los científicos que convierten al orden establecido en su propio sentido histórico-existencial, por lo que asumen los parámetros impuestos por el poder como los de su propio ángulo de lectura.

Lo anterior tiene consecuencias en los modos de apropiación del conocimiento acumulado. En efecto, ésta no puede estar exclusivamente mediada por la cantidad de información que el investigador esté en condiciones de manejar (para lo cual se disponen de técnicas cada vez más sofisticadas y, cómo si esto fuera poco, rápidas), por cuanto conlleva el riesgo de una utilización lineal y mecánica de la teoría, en la medida que no garantiza tener claro el sentido, no formal, para el que se requiere su uso. Esto es, la significación histórica que tiene el conocimiento en cuanto a la función que cumple para impulsar, o dificultar, determinadas opciones de construcción social.

Nos parece que está fuera de discusión que la organización de la apropiación del conocimiento tiene que obedecer a un sentido histórico, a una visión de alternativas de construcción social, a partir de lo necesario y posible de reconocerse en un momento. En este marco el empleo del conocimiento, en base a criterios temáticos, exige considerar a los temas como síntomas de un cuadro problemático más inclusivo. Es lo que no ocurre cuando el tema es definido por derivación de premisas teóricas, o bien, lo que es la otra cara de la misma medalla, cuando el problema social que se estudia es des-contextualizado para reducirlo a objeto posible de teorización. De ahí la importancia que la apropiación del conocimiento esté mediada por la capacidad del investigador para comprender el momento histórico en el cual se define el problema, de manera de poder insertarse en él.

La posibilidad de inserción en el momento supone la capacidad de pensar históricamente. Entendemos a este pensar como un pensar no-instrumental que sirve de antecedente a cualquier esfuerzo de análisis y operacionalización del tema, por cuanto representa el esfuerzo por reflejar al conjunto de las circunstancias que nos conforman.

De lo anterior se desprende la importancia del lenguaje, en la medida que en éste se contiene la mayor o menor riqueza de concepciones sobre la realidad socio-histórica; de manera que si se pierde riqueza, en razón del esfuerzo por darle prioridad a la capacidad operativa, también se empobrece la capacidad de pensar, lo que nos des-ubica respecto de las exigencias del momento que tendemos, sin mediaciones, a reducirlo a objeto. El pensamiento queda refugiado en el simplismo que se justifica con argumentos técnico-operativos que no hacen sino ocultar lo que permanece subyacente: la aceptación de los parámetros dominantes como ángulos de lectura.

El otro desafío, a que pretendemos referirnos, es el de la formación de los científicos sociales. Cabe hacer la distinción entre profesional e intelectual. En verdad, en la medida que se debilita la capacidad de crear pensamiento, enfrentamos a una posibilidad de mayor efectividad de operar pero sin saber frecuentemente de qué realidad se trata. Ello porque se ha descuidado la formación que permita adentrarse en la lógica de construcción del pensamiento para limitarnos a una esfera importante

pero secundaria que, en el mediano plazo, terminará por convertir a los científicos sociales en simples técnicos. Disciplinas tan importantes en la formación intelectual como historia de la ciencia, filosofía, teoría del conocimiento, lógica, sin considerar la urgente inclusión de las enseñanzas provenientes de los lenguajes simbólicos, o de los no-paradigmáticos, han quedado excluidos de las estructuras curriculares, no solamente en el nivel licenciatura, sino también en los posgrados.

Por consiguiente se hace imperativa una modificación de los currícula pero también de las prácticas docentes a nivel universitario. Es preciso incorporar al investigador a labores docentes de modo más sistemático que lo que se observa en la actualidad; aunque a la vez ser cuidadosos de que el problema no se resuelve con la simple masificación de maestrías y doctorados. Por el contrario, más bien se plantea la urgencia de re-discutir los criterios por los que un programa universitario puede ser considerado de excelencia. Pensamos que debe concentrarse la atención en verdaderos polos inter-institucionales regionales de formación científica, en forma de aprovechar mejor los recursos y romper, simultáneamente, con el monopolio que algunas instituciones académicas tienen en cuanto a imagen de altos niveles académicos.

Se plantea la contradicción entre las necesidades de la formación y las exigencias de eficacia de las instituciones académicas y de financiamiento. La contradicción, a veces aguda, entre los parámetros que sirven para definir las políticas de apoyo a la investigación, con fuertes sesgos instrumentales frecuentemente de corto plazo, con la necesidad interna del proceso de construcción de conocimiento, puede conformar una situación de esterilidad en la producción académica, en cuanto no se equilibren las exigencias instrumentales con las propias de la búsqueda de lo nuevo, que no siempre se resuelven mediante los expedientes exclusivamente técnico-metodológicos.

Estamos en presencia de problemas contextuales que requieren estimular la imaginación creativa, la cual, en el corto plazo, puede entrar en conflicto con los parámetros de productividad de las instituciones de asistencia. Se puede decir que, sin menoscabo de la necesaria asistencia financiera a la investigación, podemos también fijarnos una premisa ética: revalorar en el proceso de investigación a la imaginación más que al presupuesto.

De no remediarse esta tensión se enfrenta al riesgo que las ciencias sociales se restrinjan a simples descripciones, aunque procurando, en algunos casos, eventuales proyecciones, pero sin la seguridad de estar profundizando más allá del plano estrictamente morfológico de la realidad. Con lo que se está descuidando la tarea más importante del conocimiento socio-histórico: descubrir alternativas desde las potencialidades más ocultas de la realidad.

Al renunciar a esta responsabilidad las Ciencias Sociales en su conjunto, (valga destacar a las excepciones, que afortunadamente siempre están presentes), quedarían encerradas en los parámetros de lectura que impone la lógica del poder en su capacidad de mirar a la realidad circundante. Entendemos por lógica de poder la visión de realidad y de sus posibilidades vinculada a las exigencias de las políticas dominantes, no en una acepción coyuntural sino estructural y de largo tiempo; pero que constituyen, como debería ser obvio para todos, solamente una lectura entre otras plausibles de las circunstancias.

No obstante, no se puede desconocer que el trabajo científico social puede estar circunscrito a estos parámetros para determinar las viabilidades de las políticas pertinentes; pero ello no es excluyente con que también puede problematizarlos

cuestionando la lectura que imponen mediante otras propuestas que enriquezcan la visión acerca de la sociedad y de su futuro desenvolvimiento. Hoy más que nunca es indispensable este esfuerzo de develamiento crítico-propositivo en los países latinoamericanos, los cuales aparecen aplastados por un discurso único, con pretensiones de expresar una verdad homogénea para todos, cualquiera sea la situación económica y social de las personas.

Desde esta perspectiva, no se puede dejar de plantear la inquietud en torno de las utopías que inspiran actualmente al científico social; si éste tiene o carece de un compromiso valórico con el futuro, como claramente lo tuvo en décadas anteriores, primero con el meta-discurso del desarrollo, y después con el de la liberación. ¿Tiene acaso fuerza movilizadora del espíritu de la comunidad académica el discurso actual sobre la democracia; o, mejor aún, el de la globalización? ¿O, por el contrario, su falta de empuje encierra a los investigadores en posturas de repliegue, de falta de compromisos trascendentes, que, en el mejor de los casos, los lleva a encontrar salida en posiciones intelectuales estrictamente pragmáticas? En efecto, ¿desde qué proyectos de futuro se construye hoy el conocimiento socio-histórico? ¿estamos siquiera alertas ante los desafíos y peligros que nos acechan en el momento histórico actual que nos determina?

En este marco es donde debemos plantear los problemas episte-metodológicos que nos permitan estar en condiciones de un mejor y más fecundo abordaje de la compleja realidad que nos rodea. Entre estos desafíos tenemos que destacar, en primer lugar, la crisis de los límites disciplinarios. ¿Es posible seguir trabajando dentro de los moldes vigentes de la organización del conocimiento por disciplinas particulares? ¿O debemos enfrentar una drástica modificación que haga posible respuestas que, rompiendo con los parámetros dominantes, tanto ideológicos como teóricos y metodológicos, permita abordar la tarea propia del conocimiento social: ver lo sabido y establecido desde fuera de sus límites y aventurarse por nuevos caminos?

En este sentido adquiere su verdadera trascendencia la afirmación de Lakatos cuando sostenía que el progreso del hombre fue posible porque la razón se había atrevido a pensar en contra de la razón. Lo que representa una expresión de la propia liberación de sí mismo; aunque para ello se requiera de un compromiso ético que nace de creer en lo que se hace, porque tiene un sentido de futuro histórico.

Por lo que decimos pensamos que deben alentarnos debates como el promovido por el Comité de Ciencias Sociales de CONACYT, porque son fundamentales para vitalizar nuestra imaginación y darnos la motivación para construir lo nuevo. Es la creatividad la que debe primar por sobre cualquier intento administrativo que pretenda definir el modo de ser inteligente. El desafío por construir conocimiento nos exige resistir las tentaciones por encerrar la creatividad del espíritu en el círculo estrecho de un eficientismo sin perspectivas, como expresión de concepciones orientadas hacia la burocratización del pensamiento. No se puede concebir la tarea de la ciencia como un simple oficio u ocupación, sino más bien como una vocación de entrega en el largo tiempo. Los científicos sociales, aunque estén hoy muy alejados, no pueden olvidar ese alto compromiso ético de las ciencias que nos recordaba Husserl cuando hablaba de que no debíamos olvidar que quienes dedican su vida al pensamiento y al estudio son verdaderos "funcionarios de la humanidad".



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#)..

© CEME web productions 2003 -2007 